

Libros

MADRIGAL, Santiago: *Unas lecciones sobre el Vaticano II y su legado*, San Pablo-Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2012, 453 pp., ISBN 978-84-8468-375-9.

En la medida en la que a lo largo de la celebración jubilar de los cincuenta años de la apertura del Vaticano II (2012-2013) se vayan publicando textos de referencia, los iremos presentando a nuestros lectores. Comenzamos con el que hasta el momento nos parece el más completo, el mejor contextualizado, el más sugerente, el más rico en matices y el más teológico: el que hace unos meses publicó nuestro colaborador habitual, el jesuita Santiago Madrigal, profesor de Eclesiología en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas, autoridad en este campo y autor referencia en todo lo que tiene que ver con el Concilio Vaticano II y con los concilios de la baja edad media.

El texto que ahora presentamos no es fruto de un día. Madrigal a lo largo de la última década ha venido publicando estudios como *Vaticano II: remembranzas y actualización; esquemas para una eclesiología* (2002), *Memoria del Concilio: diez evocaciones del Vaticano II* (2005), *Karl Rahner y Joseph Ratzinger: tras las huellas del Concilio* (2006) y *Tiempo de Concilio: el Vaticano II en los diarios de Yves Congar y Henri de Lubac* (2009). Todos ellos pertinentes y precisos, plenos de sagacidad teológica y eclesiológica, constituyen, evidentemente, la armazón y arquitectura de *Unas lecciones...*

El autor, como es habitual en él, ha sabido armonizar también en el libro que ahora presentamos numerosos y bien elegidos textos y referencias personales —encerradas y guardadas en «los diarios de campaña» de los grandes protagonistas del Vaticano II: Congar, Chenu, Rahner, De Lubac, Tromp, Suenens, Barth, Jean Guittou, Hans Kung, Jiménez Lozano, Gonzalo Torrente Ballester, Pilar Belosillo y más recientemente del arzobispo sudafricano D. E. Hurley— con el devenir diario del Concilio. Esta suerte de alquimia le ha permitido conocer, desde fuera y desde dentro, no solo el curso del Concilio, sino valorar *in situ* las intervenciones de los padres en el aula conciliar e imbuirse dentro del espíritu de lo que acabaría siendo el estilo del Vaticano II. Madrigal, como más adelante diremos, domina el texto final del Concilio, tal vez porque conoce como pocos las diversas etapas de la larga y fecunda gestación de todos los textos conciliares.

Unas lecciones sobre el Vaticano II y su legado está estructurado en tres partes: una primera en la que el autor a modo de crónica va siguiendo, sin que resulte mo-

nótono, el curso del Concilio; dicha parte lleva por título «El Concilio de la Iglesia sobre la Iglesia. Crónica de un acontecimiento» (29-133). El Concilio, siguiendo las conclusiones de sus más avezados y recientes historiadores, ha sido calificado como acontecimiento. En estas páginas Madrigal, haciendo gala de la topografía y del ritmo diario y alternante del Concilio y del aula conciliar, comienza a desmarcarse y a mostrarse un tanto crítico y distante de cuantos defienden, sin ir más allá, el Vaticano II como un acontecimiento extraordinario.

El fenómeno acontecimiento, que ciertamente lo fue, no puede ser tomado como clave interpretativa del Vaticano II. Este es el objetivo que Madrigal prepara y abona en la segunda parte de su libro. Esta segunda parte recibe una denominación a la vez poética y musical: «Interludio», seguida con lo que constituirá la clave y esencia de este libro: «Recepción y hermenéutica: una interpretación teológica fundamental» (135-206).

Esta segunda parte tiene como finalidad apostar, más allá de lo que la recepción del Concilio esté siendo en la actualidad, por una interpretación teológica, desde la teología fundamental, del Concilio. La ocasión o si se prefiere la coyuntura y oportunidad de un Concilio pastoral, de un Concilio de *aggiornamento*, acabó confinando al gremio de los historiadores de la Iglesia y de la cultura contemporánea y a no pocos teólogos en un positivismo demasiado rastrero; positivismo en el que cayeron tal vez porque acabaron eludiendo lo que Madrigal denomina «la sutil alquimia del texto». Madrigal, frente a este comportamiento que ha llevado a muchos a comparar el Vaticano II con las coyunturas constitucionales y hasta revolucionarias de la historia europea, aboga en esta segunda parte frente a la hermenéutica de la discontinuidad y novedad a ultranza, contenido de la tesis de los que definen al Vaticano II como acontecimiento, por la hermenéutica de la reforma en perspectiva newmaniana, en conexión, a su vez, con el verdadero *aggiornamento*, que debe ser entendido, desde su aparición en la alocución inicial *Gaudet mater Ecclesia*, como el intento de «conservar la identidad por una dinámica de reforma permanente» (174). Intento que acabó privilegiando, muy en línea con el concepto de *aggiornamento*, el estudio en profundidad del buen gobierno pastoral de la Iglesia de siempre en un esfuerzo por sacar a la luz cosas nuevas, siempre coherentes con las antiguas. Esfuerzo que los franceses tradujeron con el término *ressourcement* y los ingleses por el muy newmaniano *development of doctrine* (178-179).

La lectura que en consecuencia hará Madrigal de todo el Vaticano II será una lectura teológica de la Iglesia «en la letra de los documentos». Una lectura, además añadimos nosotros, inteligente, contextualizada, próxima al dato histórico y a la evolución y peso de las doctrinas teológicas, sagaz, progresivamente compleja en la misma medida en la que un texto y más adelante un nuevo documento le llevarán a otros, factor que, a su vez, le permite asumir en bloque el Concilio, sin olvidarse de las particularidades de cada una de sus piezas individuales. Una lectura, por otra parte, esperanzada y muy eclesiológica, muy en la línea querida y deseada por los dos papas del Concilio, Juan y Pablo, y por cuantos quisieron ayudarles en su servicio de caridad pastoral. El hilo conductor, en suma, que ha

guiado a Madrigal es el que acompañó y estuvo presente en el origen y gestación del decreto *Lumen Gentium*: Iglesia, ¿qué dices de ti misma».

Será en la tercera parte de este libro, «Teología e Iglesia en la letra de los documentos» (207-418), donde aparezca la riqueza del que el mismo autor denomina *Concilio para el siglo XXI*. La Iglesia, después de mucho tiempo, lo había intentado a su modo durante el Vaticano I, pudo reflexionar con altura de miras y con la ayuda de una verdadera escuadrilla de teólogos y sobre todo del Espíritu de Pentecostés libre y teológicamente sobre sí misma. La Iglesia católica como cuerpo vivo al mirarse hacia dentro acabó proyectándose hacia afuera. Los resultados son conocidos por todos. A modo de síntesis, la Iglesia católica, más unida que nunca a los cristianos reformados, judíos, musulmanes y hombres de buena voluntad, se confiesa a sí misma como una Iglesia samaritana, una Iglesia en la que todos los bautizados, a la vez que hijos de Dios y participantes del sacerdocio común de Jesucristo, se sienten miembros e hijos de un mismo pueblo, Iglesia pueblo de Dios. Pueblo de Dios peregrino en comunión de intereses, afanes y raíces espirituales y carismáticas, Iglesia de comunión; capaz de integrar en su seno a todos los bautizados y por extensión a todos los que aspiran a salvarse. Una Iglesia que en el bautismo aspira a la igualdad en la diversidad de sus hijos en los diversos grados en los que se ha ido configurando a lo largo de los siglos su propia estructura, en la que caben con derecho y sin más privilegios que el servicio al reino de los cielos laicos, sacerdotes y religiosos. Una Iglesia que a la hora de gobernarse, sin dejar al margen sus propias particulares societarias y canónicas, optó por privilegiar la unidad en la diversidad por medio de la práctica de la colegialidad y sinodalidad, algo que supo interpretar como nadie Jean Guitton.

Una Iglesia volcada y amiga del mundo, en diálogo permanente con él. Una Iglesia, finalmente, en la que creer va más allá de la confesionalización y de las interesadas relaciones de la misma Iglesia católica con los Estados; una Iglesia, en definitiva, en la que creer supone al mismo tiempo el ejercicio de la libertad más personal y la obediencia a las invitaciones de la gracia.

Finalmente, un inspirado epílogo: «Un Concilio para el siglo XXI» (419-443), cierra en abertura y en diálogo con el tiempo y la teología los frutos del Concilio del siglo XX y hasta el presente del siglo XXI.

Termino. Tal vez el título del libro que acabamos de presentar pueda sembrar alguna confusión. Bien valorado, considero que es un acierto. Los que no sabemos y queremos aprender acudimos a lecciones como las que hemos tenido la suerte de estudiar. *Unas lecciones sobre el Vaticano II y su legado* no merece una lectura; como todo libro de lecciones, necesita más de una.

Alfredo VERDOY, SJ